

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON UN NATURALISTA EN EL PLATA

FEDERICO A. CARDEN^(*)

¡Qué fuerza integradora se revela en Hudson, la juventud con la vejez, el pasado con el presente, el espacio con el tiempo, el arte con la naturaleza, la mente con los sentidos, el conocimiento con la intuición, lo subjetivo con lo objetivo! Muchacho y octogenario, eran uno; y ambos eran uno con la prístina fuente de la vida!

Henry J. Massingham

Antología de Guillermo E. Hudson, 1941.



Foto que Hudson se hizo tomar en Buenos Aires a los veinticuatro años y que envió al Instituto Smithsonian de Washington. Esta foto está incluida en su legajo en esa institución.

Un grato acontecimiento constituye durante el presente año la exhibición temporaria “Guillermo Enrique Hudson, Un Naturalista en el Plata”, que se presenta en la Sala XII de nuestro Museo. Su realización, propiciada por la División

Zoología Vertebrados, tuvo como objetivos promover en las nuevas generaciones el conocimiento de la vida y la obra de Hudson, y mantener vigente en nuestra institución la deuda de gratitud que sucesivas promociones de naturalistas tienen con este escritor, en el que se fusionaron como en ningún otro las condiciones del científico y del artista creador, y cuya obra contiene algunas de las páginas más auténticas, profundas y representativas de nuestra pampa.

Su existencia se desarrolló entre dos siglos, dos formas de vida, dos lugares, dos lenguas, dos actividades

Fue hijo de Daniel Hudson y de Caroline Kimble, norteamericanos descendientes de ingleses, que vinieron a la Argentina en

1832, y se instalaron en Quilmes, en un pequeño campo llamado “Los veinticinco ombúes”, situado en la margen del arroyo “Las Conchitas”. El viejo partido de Quilmes en la época en que Hudson nació se extendía desde Avellaneda hasta Magdalena, y desde San Vicente hasta el Río de la Plata. Allí nació William Henry –así fue anotado su nombre– el 4 de agosto de 1841, siendo el tercer hijo en esa familia que años



“Los veinticinco ombúes”. La casa natal de Hudson, declarada Monumento Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Fotografía tomada por el Dr. Fernando Pozzo, en 1929.

más tarde sumaría otros tres miembros; y allí vivió los primeros años de su niñez, hasta 1846, cuando se trasladó con su familia a la estancia “Las Acacias”, en las inmediaciones de Chascomús.

Su infancia y adolescencia transcurrieron en el seno de ese grupo familiar que mantuvo en plena pampa el uso del idioma inglés y las tradiciones de su cultura, a la vez que un trato directo y cotidiano con los pobladores y sus costumbres.

Fue un observador nato que desde muy temprana edad se sintió irresistiblemente atraído por el espectáculo de la naturaleza, y que por instinto, casi sin darse cuenta, se fue iniciando en el estudio de aquella, sobre todo en el de la conducta de aves y otros animales. Su interés por el entorno lo llevó a recorrer primero los campos paternos, compartiendo muchas de sus andanzas con los chicos criollos y ya de adulto, a caballo, gran parte del sur de la provincia de Buenos Aires, sectores de la Patagonia, y el interior de la Banda Oriental. Entonces ya había adquirido el hábito de registrar sus observaciones tomando minuciosas notas, que años más tarde serían la base de muchos de sus trabajos científicos y literarios.

Tenía veinticuatro años cuando se contactó por carta con los ornitólogos Spencer Fullerton Baird –estadounidense– y Philip Lutley Sclater –Secretario de la Geological Society de Londres–, y comenzó a remitir parte de sus colecciones al Instituto Smithsonian de Washington, desde donde fueron enviadas al Museo de Historia Natural de Londres para su estudio. Dos de

esas especies fueron bautizadas luego de su clasificación con el nombre de su descubridor: *Craneoleuca hudsoni* (tirurirú del campo) y *Cnipolegus hudsoni* (un pariente de la viudita). Sin embargo, Hudson no fue un científico de gabinete. No mantuvo vínculos continuos con los ámbitos académicos, y pasó los últimos años en el país en permanente contacto con gauchos, sus compañeros de arreos y otras tareas campestres que desempeñó en diversas estancias.

A los treinta y tres años dejó la Argentina para siempre. Para nosotros resulta un dato de interés saber que poco antes de su partida conoció, por intermedio de Germán Burmeister –entonces Director del Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires– al joven Francisco Pascasio Moreno, al que le regaló algunas piezas arqueológicas que había recolectado en las excavaciones que realizó a orillas del arroyo “Las Conchitas”. Pero no volverían a encontrarse. El 1º de abril de 1874, Hudson se embarcó hacia Inglaterra, hacia el país que siempre anheló conocer, en donde, sin dejar sus actividades de naturalista,

emprendería una carrera literaria que con el paso de los años, y una ininterrumpida corriente de libros publicados, lo colocaría entre los mejores escritores de su tiempo. En la Argentina quedaban sus hermanos, único nexo que durante el resto de su vida conservó con su país natal.

Pasarían cuatro décadas para que su obra comenzara a ser conocida en la Argentina, lo que ocurrió en 1924

Hasta entonces, y pese al esfuerzo de los doctores Hugo Casares y Fernando Pozzo, que habían procurado interesar al país en las obras escritas por Hudson, sólo existía en español el capítulo *Biografía de la vizcacha*, traducido por el naturalista Doello Jurado. En este año el poeta hindú Rabindranath Tagore visita la ciudad de Buenos Aires invitado por Victoria Ocampo, y revela, para sorpresa de los



Monumento al escritor y naturalista hecho por el escultor Jacobo Epstein. Está ubicado en Hyde Park, Londres.

medios intelectuales locales, la existencia de un escritor de origen argentino, fallecido recientemente en Londres, a quien la crítica especializada señala como uno de los principales prosistas de la lengua inglesa, y cuya estatua erigida en Hyde Park, él mismo había visitado.

Fue un acontecimiento que provocó una verdadera ola de entusiasmo, que si bien legítimo y promisorio, también generó equívocos, como los que dieron lugar a la leyenda que describe a Hudson en Inglaterra como una especie de gaucho solitario en el exilio, que sufría permanentemente por la nostalgia, al extremo de afirmarse que parecía un hombre cuya vida se había detenido. Sin embargo, hay testimonios que nos invitan a considerar los hechos de otra manera.

Muchas veces Hudson expresó añoranzas por la vida libre y feliz de su infancia y juventud -*Mi verdadera vida terminó cuando dejé las pampas* escribió alguna vez-; y en muchas ocasiones también recurrió a la utilización de sus recuerdos para elaborar relatos. Así, sus evocaciones sobre la

pampa se encuentran esparcidas en toda su obra, aun en sus libros puramente "ingléses". En ellos lo relacionado con la Argentina a veces abarca capítulos enteros, o aparece a menudo incidentalmente, en forma bastante alegórica e indirecta, otras veces para establecer paralelos y comparaciones. Pero nunca adquiere un tono quejumbroso, más bien la nostalgia que surge de esas evocaciones parece ser un desprendimiento de ese fulgor como de poesía con que describió sus experiencias.

En *Allá lejos y hace tiempo*, comienza explicando la génesis de ese libro autobiográfico, y alude a la enfermedad en cuyo transcurso comenzó a recordar con asombrosa nitidez los hechos de su infancia, y nos dice que se sintió *pletórico de vida con la emoción de aquella lejana felicidad que creía perdida*.

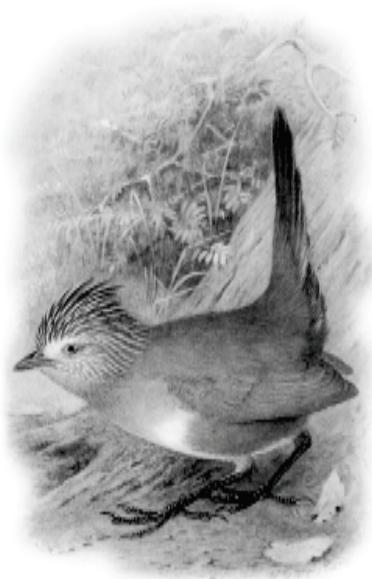
Lo cierto es que amó también con pasión la naturaleza de la campiña inglesa, a la que le dedicó muchos viajes de estudio y quizás sus mejores páginas: *Días en Hampshire, Pájaros de una aldea, A hind in Richmond Park*, su obra póstuma, son

considerados sus trabajos más logrados. En Londres concluyó su vida en plenitud, rodeado del afecto y la comprensión de sus pares y amigos, entre los que podemos citar a Ford Madox Ford, Joseph Conrad, Ezra Pound, Thomas E. Lawrence (Lawrence de Arabia), Morley Roberts, Robert Cunningham Graham, Lord y Lady Grey, Henry J. Massingham, Frank Swinnerton, George Guissing y muchos otros.

Hacia 1941, año del centenario de su nacimiento, se sucedieron en nuestro país nuevas ediciones de sus obras, homenajes, y los principales suplementos literarios le dedicaron sus páginas. No faltó una petición ante el Congreso de la Nación para que se gestionara la repatriación de sus restos. El cementerio de Worthing, donde está enterrado junto a su esposa, no era para su tumba un marco suficientemente imponente como el que nuestras llanuras podían ofrecer. El intento no prosperó. Alertada la Sociedad Protectora de Aves de Gran Bretaña, de la cual Hudson fue secretario, y desde donde había luchado por años para



Acuarelas de H. Gronvold que ilustran la primera edición del libro *Birds of the Plata*.



Acuarelas de H. Gronvold que ilustran la primera edición del libro *Birds of the Plata*.

preservar especies en peligro de extinción, advirtió que se opondría y que no atendería el pedido argentino.

Jorge L. Borges tomó distancia y aconsejó no alimentar estas disputas. Alicia Jurado en su *Vida y obra de W. H. Hudson* se inclina por superarlas de manera salomónica, considerando los años pasados por Hudson en la Argentina como los más decisivos para su formación de naturalista, los que le revelaron su natural forma de ser, y los que forjaron su carácter. De él, Robert Cunningham Graham, quien conoció bien a nuestro país, y que por largos años fue amigo de Hudson en Londres, dijo: *Sí que era un argentino, y lo fue hasta el último día de su vida (...) hasta en lo físico conservó el tipo del gaucho, su hablar lento y su acento de la pampa siempre me hacían pensar que tenía ante mí a un gaucho de viejo cuño.*

Alicia Jurado también nos recuerda un hecho incontrastable: que todos sus libros fueron escritos en inglés y que de los veinticuatro volúmenes que componen sus obras completas sólo cinco se refieren directamente a la Argentina. Estos son: *Días de Ocio en Patagonia*, *Un Naturalista en el Plata*, *Aves del Plata*, *El Ombú y otros cuentos*, *Allá lejos y hace tiempo*. Otro libro, la novela *Tierra purpúrea* transcurre en Uruguay. Finalmente esta autora nos propone que la verdadera, la auténtica patria de Hudson, estaba en la naturaleza *en el verdor solitario del mundo donde anidan los pájaros.*

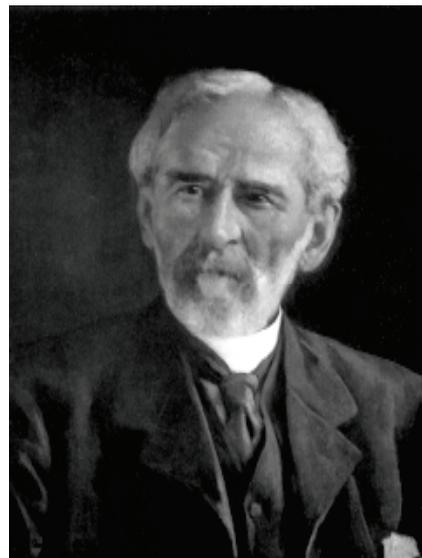
En el vasto campo de las letras inglesas, Hudson está presente en las principales

antologías, y su sobrio estilo está reconocido como entre los más bellos y puros que produjo esa literatura: *Tratarán en vano de saber cómo obtiene Hudson sus efectos y nunca lo conseguirán. Escribe sus palabras como el buen Dios hace crecer el pasto verde, y eso es todo lo que podrán decir al respecto, aunque sigan intentando averiguarlo eternamente.* Escribió Joseph Conrad.

En el contexto de la literatura argentina (pese a las reservas debidas a que no escribió su obra en español) Hudson es, junto con Hernández, un referente ineludible para quien quiera conocer qué era y cómo era el campo argentino en el siglo XIX.

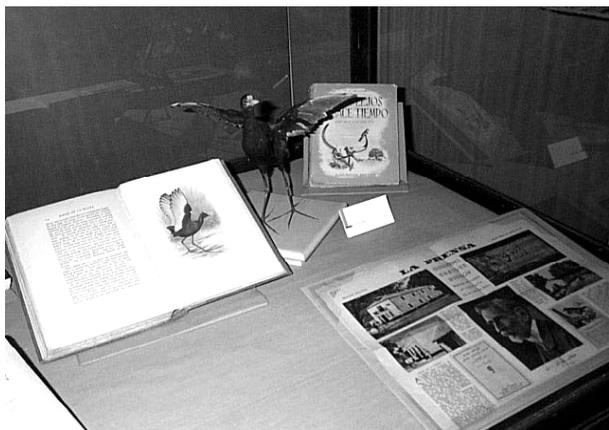
Homenaje a la memoria de Guillermo Enrique Hudson

En el ámbito del Museo de La Plata, como es natural, su



Retrato de Hudson pintado por Antonio Alice en 1937 por encargo de las autoridades del Museo de La Plata.

obra ha suscitado a lo largo de los años renovadas expresiones de admiración y afecto, y en



Vista parcial de la exposición Guillermo Enrique Hudson, Un Naturalista en el Plata.

este sentido, podemos recordar en particular un antecedente. Se trata del acto de homenaje en memoria de Hudson que tuvo lugar en la sala de Zoología Vertebrados el 10 de junio de 1940, y del que participó un numeroso público. Encabezó el acto Joaquín Frenguelli, Director del Museo, acompañado por Emiliano J. Mac Donagh, Jefe de la División Zoología Vertebrados, quien fue un conocido divulgador de la obra de Hudson y autor de *El testimonio argentino de Hudson*, publicado en La Prensa, 31 de enero de 1954.

En esa ocasión, se dio por incorporado a la galería de naturalistas ilustres con que cuenta el Museo el retrato de Hudson pintado al óleo por Antonio Alice. Al presentar el cuadro a la concurrencia Mac Donagh expresó: *Este es el hombre que hizo aquella obra que hoy nos convoca, y que la vivió como quien sirve un apostolado. Justicia merece y más luego gratitud, porque somos herederos de sus conquistas.*

El retrato, instalado desde entonces en el lugar central de la galería de aves, junto a una vitrina con algunas especies favoritas de Hudson, centraliza en ese sector la atención del visitante y lo invita a considerar

quién sería este personaje que, como dice la placa puesta al pie del cuadro, fue eximio naturalista y prosista admirable.

Después de seis décadas de aquel homenaje, la colección de aves favoritas de Hudson y su retrato conforman el núcleo sobre el

que se organizó la actual exhibición temporaria *Un Naturalista en el Plata*, acompañada por el sonido de una grabación de canto de aves pampeanas y de la zamba *Allá lejos y hace tiempo*, interpretada

las cinco obras de Hudson que se refieren directamente a la Argentina; una *Antología de Hudson*, precedida por estudios críticos sobre su vida y su obra por Fernando Pozzo, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Henry J. Massingham, V. S. Pritchett, y Hugo Manning y dos reconocidas biografías, realizadas por Ruth Tomalin y Alicia Jurado. En este sector se incluyen, asimismo, recortes periodísticos de época, que fueron suministrados por el Dr. Mario E. Teruggi.

Completa esta exhibición un conjunto de paneles ilustrados con los que se intenta hacer surgir una imagen unívoca de este hombre que tantas facetas mostró. Como es lógico, se hace



Vista parcial de la exposición Guillermo Enrique Hudson, Un Naturalista en el Plata.

por Mercedes Sosa. En la misma muestra se incluyen *The Collected Works of W. H. Hudson*, obra constituida por 24 volúmenes que integran la edición de Dent & Sons del año 1923, facilitada por la Biblioteca Florentino Ameghino del Museo de La Plata; las versiones en español de

especial hincapié en su condición de naturalista de campo, de observador admirable y metódico y en su capacidad para lograr

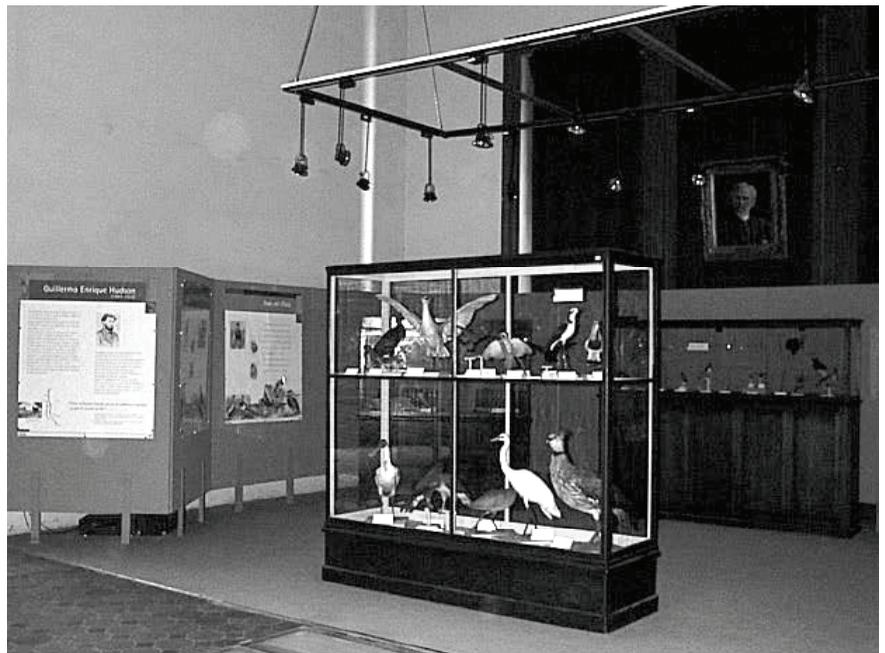
conclusiones notables acerca de lo que veía. V. S. Pritchett en su ensayo *Hudson el naturalista* escribió: *Todos sus estudios sobre criaturas vivientes, -ya contemple las luchas entre las hormigas o los huesos abandonados por el puma- están encastrados en el sereno, intemporal y trágico panorama de la ley natural. Hudson no fue, como tantos victorianos, un mero coleccionista o clasificador. Tenía una respuesta imaginativa para la vida y para la muerte (...) no es el mero hecho lo que atrae su atención, sino la escena total, el amazón y la conciencia de su significación parcial dentro del vasto esquema de la naturaleza.*

Ejemplificamos este concepto con el siguiente párrafo (pág. 13) escogido de *Un Naturalista en el Plata*

La última vez que vi los pastos de la pampa en todo su esplendor fue en un día de fines de marzo que concluyó con uno de esos perfectos atardeceres que sólo se ven en la soledad, en donde ninguna línea de casas ni ningún cerco quiebran el encantador desorden de la



naturaleza y armonizan los tintes del cielo y de la tierra. Había estado viajando todo el día con un compañero, y por dos horas habíamos caminado por el pastizal ininterrumpido, que se extendía por kilómetros a cada lado, mezclándose a la distancia miríadas de blancas espigas, salpicadas con tintes de variados colores semejando una nube. Al



Vista parcial de la exposición Guillermo Enrique Hudson, Un Naturalista en el Plata.

escuchar un rumor de hojas a nuestras espaldas, nos dimos vuelta rápidamente y vimos a no más de cuarenta metros, una partida de cinco indios montados y dirigiéndose raudos a nosotros; pero en el momento en que los vimos sus cabalgaduras se detuvieron bruscamente y al mismo tiempo los cinco jinetes saltaron sobre los lomos de sus monturas y se mantuvieron erectos sobre ellas. Satisfechos al ver que no tenían intención de atacarnos y que sólo buscaban caballos perdidos, continuamos observándolos por algún tiempo, así como ellos permanecían oteando el horizonte en distintas direcciones, inmóviles y silenciosos, como hombres de bronce sobre extraños pedestales equinos de piedra oscura; muy oscuros con su tez bronceada y largos cabellos recortándose sobre el cielo lejano y etéreo, con tintes de luz ambarina; y a sus pies y todo en derredor esa nube de plumas blancas y ligeros matices. Esa escena de despedida quedó grabada vívidamente en mi memoria (...).

(*) Profesor Superior de Pintura (UNLP).
Unidad de Conservación y Exhibiciones, Museo de La Plata.

Bibliografía consultada

Antología de Guillermo Enrique Hudson

precedida de estudios críticos sobre su vida y su obra. 1941. Editorial Losada, Buenos Aires.

Jurado, A. 1989. Vida y obra de W. H. Hudson. Editorial Emecé, Buenos Aires.

Leuman, G. 1941. Centenario del nacimiento de Hudson. La Prensa, 3 de agosto de 1941.

Lomban, J. C. 1971. Guillermo E. Hudson o el legado inmerecido. Boletín Dirección Museos, Monumentos y Lugares Históricos Provincia de Buenos Aires.

Pozzo, F. 1944. La vida y la obra de G. E. Hudson. Revista Duperial.

Revista del Museo de La Plata, Sección Oficial, 1940.